(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

ENAMORADO RICARDO Y LA HERMOSA ISABELA,

LLAMADA

LA ESPAÑOLA-INGLESA.

EN LA QUE SE DA CUENTA DE LOS MUCHOS Y RAROS ACONTECIMIENTOS QUE SUCEDIERON A ESTOS DOS AMANTES.

Madrid.
Imprenta de D. Jose Maria Mares, calle de Relatores, número 17.
1850.

HISTORIA

DEL

ENAMORADO RICARDO

Y LA HERMOSA ISABELA.

PRIMERA PARTE.

Noticia de los padres y patria de Isabela. —Es arrebatada de la casa paterna á la edad de quince años y llevada á Londres, donde se enamora de ella un noble jóven llamado Ricardo; pero antes de obtenerla por esposa se le precisa á embarcarse, en cuya navegacion encuentra á los padres de su querida, y juntos dan la vuelta para Inglaterra.

En cuanto ilumina y baña
el rubicundo Planeta,
ni cuantos historiadores
de panegíricas ciencias
han escrito, no han de hallar
historia mas verdadera,
ni mas estraños sucesos,
ni fortuna mas adversa;
que en rigorosos trabajos
pasó una noble doncella,
siendo blanco de desdichas;
aunque bien puede por esta
decir el comun adagio:
no hay mal que por bien no venga
y pues propuse el decirlo
sin pròligas referencias,
daré principio, si atentos
oidos gratos me prestan.
En esa joya sin precio,
donde en igual competencia
se ven las pompas y galas,
la bizarría y grandeza,
cual es la ciudad de Cádiz,
que solo el nombre pudiera
bastar para conocer
quién es, y lo que en sí ostenta:
esta ilustre patria es
progenitora, primera
cuna del feliz portento
de la preciosa Isabela,
de la generosa estirpe
de los Guzmanes y Vegas,

casa antigua que blasonan,
de ilustres los que son de ella.
Nació este sol, como he dicho,
en este Oriente de perlas,
tan dotada en hermosura,
que la sacra Omnipotencia
con los divinos buriles,
la hizo en estremo bella.
Entre galas esquisitas
florecia esta doncella,
con júbilos y placeres,
como hermosa y heredera;
llegó á cumplir cinco abriles,
y en puerilidad tan tierna
iban las adversidades
de su rigurosa estrella,
ordenándola á su vida
sustos, quebrantos y penas:
y fue que en aqueste tiempo,
la armada de Inglaterra
á Cádiz asaltó dió,
saqueando sus riquezas,
destruyendo sus caudales,
hasta que á la casa llegan
de Isabela, despojando,
y viéndola tan pequeña
y tan grande en hermosura,
como alhaja se la llevan.
Fuéronse al general
por dávida se la entregan.
Con los mayores afectos
agradeció la fineza,
y dando velas al viento
en muy poco tiempo llegan
á la gran ciudad de Londres,
dan fondo y saltan en tierra.
Llevó el general consigo
la cautiva sin dar cuenta
al rey que entre los despojos
llevaba tan buena prenda;
no fuera que por lo hermosa
la codiciara la reina,
y porque siendo cristiana
él queria poseerla:
la llevò á su casa y fue
del grado y complacencia
de su muy amada esposa;
que ambos en union perfecta
vivian, como Dios manda,
en nuestra ley verdadera,
y exactamente observaban
los preceptos de la Iglesia.
Tenian un hijo, al cual
llamaban, (segun se cuenta)
Ricardo, único y solo
heredero de su hacienda;
ilustraban á sus años
solas cinco primaveras.
Cuidároulos con aplauso
y en educaciones buenas,
ambos, juntos se criaron,
siendo su edad una mesma,
y á un mismo tiempo crecian
en virtudes y escelencias,
dándose nombre de hermanos,
con tan entrañables veras,
que en el amor parecian
haber nacido en la estrella
que nació Píramo y Tisve
por la amistad tan estrecha.
A la floreciente edad
llegaron de esta manera,
de tres lustros, cuando ya
por la singular belleza,
prudencia y honestidad,
habia muchos que eran
esclavos de la cautiva,
pretendientes de la empresa,
y mayormente Ricardo,
que ya herido de las flechas,
entre vesubios de fuego
su pecho se hacia un Etna;
por el invisible amor,
como halló francas las puertas

del pecho, se entró hasta el alma,
para jamás salir de ella,
y empezaba á recatarse
hablándola con prudencia,
que en el amor hay recato,
si es su pretension honesta:
se hacia varios conceptos,
si bien con mucha tristeza,
de decirselo á su madre
temiéndole á la respuesta,
que era esclava, y esto mismo
le echaba un nudo á la lengua;
pensativo y macilento,
reinaba en él la tristeza.
En este tiempo, su padre,
un casamiento le ordena
con una noble matrona,
y el dia que le dió cuenta
á su hijo de este intento,
fue tal el dolor y pena,
que al instante cayó malo
con una grande dolencia,
y con gran solicitud
trageron con diligencia
los médicos mas espertos
de la Galénica ciencia,
que sin acertar la cura,
antes bien se le acelera
la enfermedad cada dia,
y por muerto le contemplan;
hasta que Isabela un dia
entró á servirle á la mesa,
y Ricardo cuando vió
la coyuntura tan buena,
dispuso el comunicarla
su amor, pues que ella era
por su hermosura la causa
de estar de aquella manera.
No quiso mas dilatarse,
y entre el amor y vergüenza,
la dijo: adorado dueño,
¿es posible que te precias
de verme morir? los cielos
me amparen y favorezcan.
Tú eres la causa que yo
tan sin alivio padezca;
y es mi intento solamente
(Dios quiera me lo conceda!)
que en el lazo indisoluble
en santa union te merezca.
Atentamente escuchaba
Isabela, y con honestas
palabras, le dijo así.
Hoy de tu mucha nobleza,
esperaba yo tal dicha,
pues soy quien mas se interesa
en obedecer tu intento;
mas primero la respuesta
de tus padres quiero y mios,
que así llamarles es fuerza,
á quien despues de Dios debo
lo que es muy justo que deba.
Yo por quien soy, te prometo
mi palabra, como quieras
ser mi esposo, el ser mas firme
á pesar de quien lo sienta.
Bastaron estas sazones
á cobrar salud entera
en breve tiempo, que muchos
por milagro lo ponderan,
y sin achaque ninguno,
por la respuesta tan buena
que le dió su amado dueño,
se dispuso á darles cuenta
á sus padres de este intento;
y lo que juzgó ser penas,
fueron alegres placeres,
grandes júbilos y fiestas,
en ver que era de su gusto
aquel que del suyo era,
y unidas las voluntades.
Para hacer esto era fuerza
dar cuenta al rey, que en la córte
aquellos hombres de prendas,

toman parecer del rey
para cualquier diligencia.
Llegó el padre de Ricardo
del monarca á la presencia:
dijo en breve, como iba
solo á pedirle licencia
para casar á su hijo
con una que trajo presa
cuando el saqueo de Cádiz.
Tanto alabó su belleza,
que dijo la reina entonces:
traémela en mi presencia;
veremos si la española
es como me la ponderas.
Cortesmente se despide,
se fue á su casa, y dió cuenta
á su esposa y á su hijo
de como quiere la reina
que se la lleve la jóven,
pues desea conocerla:
ella obedeció al instante,
y con grande amor la ruegan
que oculte el que son cristianos,
porque no les sobrevenga
alguna grande desdicha;
á que dijo: no tuvieran
recelo, que por su causa
seguro está el que lo sepa.
Finalmente, la adornaron
de costosísimas sedas,
de rubies y esmeraldas,
que admiraba solo el verla.
Con grande acompañamiento
á palacio se la llevan,
donde la reina aguardaba
rodeada de doncellas.
Admiradas se quedaron
cuando la vieron de cerca:
una elogiaba la gala,
otra el garbo y gentileza;
la reina suspensa estaba
de verla tan bien compuesta,
y asi dijo: caballeros,
bien podeis iros, que queda
Isabela en el palacio,
desde hoy en mi asistencia;
le dijo á Ricardo entonces:
tú si quieres merecerla,
la has de ganar por tu brazo
à fuerza de armas en guerra,
ganando algunas victorias
juntamente ganas esta:
si quieres mañana mismo
han de salir dos galeras,
y á corso tienes que ir
por capitan de una de ellas,
y si falta el comandante
te han de rendir la obediencia.
Aceptó la condicion,
aunque no era de muy buena
voluntad, por dos motivos:
el uno porque se ausenta
de los ojos de quien ama;
el otro porque su pelea
habia de ser con cristianos,
y él cabalmente lo era.
Finalmente, se despide
de su querida Isabela:
con gran pompa y aparato
embarcóse en la galera,
y al cabo de pocos dias
una gran fragata encuentran,
en donde iban los padres
de su muy querida prenda.
La aprisionan luego al punto,
y los padres de Isabela
lloraban amargamente,
y Ricardo les consuela:
preguntóles donde iban;
y al instante manifiestan,
que en busca de una hija suya
que hurtaron á su presencia.
Entonces dijo Ricardo:
contadme por vida vuestra

cómo os quitaron la hija,
por si puedo conocerla;
y en otra segunda parte
se dirá lo que le cuentan.

SEGUNDA PARTE.

Los padres de Isabela son presentados á la reina de Inglaterra. —Se ajusta el casamiento de Ricardo con la jóven española; y cuando iba á verificarse la boda, un nuevo pretendiente trata de impedirlo, y consigue por entonces su intento.

Aumentaban con el llanto
los padres de la cautiva,
del gran reino de Neptuno
las corrientes cristalinas:
Ricardo los consolaba
con amorosas caricias:
que aunque al parecer infiel
observa la ley divina;
los persuadia con ruegos
le diesen claras noticias
de su historia, para ver
si igualmente convenia
lo que se pronosticaba
con lo mismo que él sabia;
y formando en sí un suspiro,
entre quejas doloridas,
en breve tiempo le dieron
de aquel caso las noticias.
Entonces el capitan
conoció por cosa fija,
que eran aquellos los padres
de la que en el alma estima:
y con agrado y dulzura
aliviaba sus fatigas,
sin descubrirse jamás,
ni decir que conocia,
ni de la que ellos contaban
haber tenido noticia.
Entre otras diferentes
razones que se decian,
llevados del feliz viento
con prosperidad tranquila,
en dos dias poco menos
grangearon las orillas
del mar, y á Londres llegaron;
dan fondo y la playa pisan,
y solo á los dos cautivos
se llevó en su compañía
á su casa, y con secreto
encargó que no les digan
nada, que importaba hacerlo
segun como lo decia.
Fue Ricardo á dar la ofrenda
á la reina; como iba
tan galan y tan dispuesto,
á todos causaba envidia:
llegó á palacio, y le hacen
el cortejo á su venida.
Hechos ya, pues, los aplausos,
dijo Ricardo, que habia
en el nombre de su alteza,
por mas triunfo de su dicha,
dado libertad á todos:
que solamente traia

un hombre y una muger
que digeron que querian
ver al rey de Inglaterra,
y en su casa los tenia.
Quedó la reina con esto
en estremo agradecida.
Al instante dispusieron
el partirse á grande prisa
á descargar los bajeles
de todas las mercancias.
Hecha ya esta diligencia,
Ricardo les notifica
á los cautivos que fueran
á palacio, si querian
ver á las personas reales,
que todos juntos irian.
Le obedecen, y los tres
fueron á la estancia misma
de la reina, y se llegaron
en ocasion que salia
Isabela de la sala,
tan bizarra y bien prendida,
que á no haber salido el sol
juzgáran que era ella misma,
pues la cadena de oro
y la hermosa pedreria
de rubíes y esmeraldas,
les empañaba la vista.
Llegó, y entre las doncellas
tomó asiento, y parecia
la luna entre las estrellas,
ó el sol que en candidez brilla
entre los demas planetas,
pues sol y luna tenia.
Atentamente sus padres
la miraban, pues ya iba
la sangre hirviendo en el pecho:
que el corazon pronostica,
y en sobresaltos anuncia
ó el bien, ó el mal, regla fija
en donde es el parentesco
el móvil que los inclina,
y por mas certificarse
con mas cuidado se arriman.
En este tiempo Isabela
estaba en la duda misma,
hasta que su amada madre
rompió al decoro las lineas;
y sin reparar en nada
se llegó á su propia hija,
y buscóla atentamente
una señal que tenia
de un lunar en la garganta:
luego que se certifica,
la echó los brazos al cuello,
diciéndola: amada hija!
estrechamente se abrazan,
aunque hablarse no podian:
abrazadas en el suelo
cayeron amortecidas,
y por muertas las juzgaron,
y no fuera maravilla
que hubieran muerto pues vemos
que á veces quitan la vida
una impensada congoja,
ó una súbita alegria;
tambien su querido padre,
sin dar lugar á que opriman
lágrimas que por su rostro
copiosamente corrian,
tiernamente la abrazaba,
mil requiebros la decia.
De ver tan raro suceso
la reina se maravilla,
y todos á un mismo tiempo
absortos de lo que miran,
y ya todos informados
de tragedia tan no vista;
la reina le habló á Ricardo,
diciendo: ya llegó el dia
en que tus deseos tengan
fin por obras merecidas,
y el dar principio á tus bodas
hoy mi intencion determina,

que estos nobles españoles
aqui en mi palacio asistan,
que ya que han venido á verme
verán finezas crecidas.
No acertaba á responder
Ricardo, con la alegria
pensando que se acercaba
todo el colmo de sus dichas.
Mas la contraria fortuna
no paró aqui con sus iras,
que hay dichas que no se logran
sin pasar por mil desdichas.
Fue la causa que á este tiempo
á la reina la servia
de camarera, una dama,
la cual señora tenia
un hijo de gran valor,
un Bernardo en valentia,
un Gerineldo en galan;
pues cuantas buenas partidas
de bondades hay, le asisten,
y todas las ejercia.
Era conde, y tambien era
de aquellos de mas estima
del rey, que por muy afable
este aplauso merecia.
Su propio nombre era Arnesto;
aqueste puso la vista,
alma, aficion y potencias,
en la deidad peregrina
de Isabela, de tal forma,
que en fuego de amor se ardia;
y no hallando ocasion
de hablarla, verla, ú oirla,
entre sí mismo, á sus solas,
varios conceptos se hacia,
que siempre un enamorado
anda con frases y enigmas;
mas viendo que se acercaba
la union de las familias,
la participó á su madre
el mucho amor que tenia
á la jóven española,
y que á no lograr tal dicha,
próximo estaba á quitarse
tiranamente la vida
al impulso de un cordel,
ó de una punta á la ira,
ó que colérico y ciego,
violentamente daria
á Ricardo é Isabela
la muerte con ignominia,
por no ver en otros brazos
el bien que adora y estima.
Suspensa quedó la madre
al ver lo que se seguian
de desdichas, si su hijo
tan gran desacierto hacia,
que hay hombres de tan mal gusto
que aventurando la vida
pierden haciendas y honores
por lograr sus fantasias,
y siempre mas obstinado
cuanto mas le persuadia,
porque el amor no repara
ni dificulta salidas.
Díjole su madre entonces,
se detuviese, que iria
á hablar de esa materia
á la reina; mas que iba
recelosa por saber
que para el siguiente dia
se celebraban las bodas.
Quedó con esta noticia
haciéndose mil conceptos
por ver si hallaba salida,
aunque en algo consolado,
porque su madre tenia
mucho influjo con la reina,
y este consuelo le anima.
Habló á la reina en efecto,
diciéndola, como iba
á proponerla la causa
de los estremos que hacia

su hijo por Isabela;
y cuando pensó que iba
por el sí, lo halló trocado,
pues sin rodeos ni cifras
le respondió que era tarde
para lo que pretendia,
porque ya estaba casada,
y su palabra tenia
dada al general Ricardo,
y que atrás no se volvia.
Con esta resolucion
quedó mas que nieve fria,
temiéndose de decirle
al hijo la negativa
que dieron á su persona,
por su condicion altiva;
mas como la precisaba
la fue forzoso el decirla.
Cuando Arnesto oyó á su madre,
quiso con una bruñida
espada darse la muerte.
La madre le detenia,
diciéndole que no hiciese
cosa tan mal parecida,
que le daba su palabra
de que no se gozaria
Ricardo con Isabela,
á pesar de quien lo impida.
Intentó su falso pecho
una infame alevosía,
y la crueldad mas enorme,
como falsa, á la divina
ley de Dios soberano,
y con exaltada ira
llenó un baso de veneno,
y como cosa de estima
á Isabela por regalo
se lo dió en una bebida,
por abrasar sus entrañas
con una saña inaudita,
porque no vive el leal
mas de lo que el traidor cita.
Y aqui para proseguir
los rasgos en esta lira,
por no enfadar al oyente
con historia tan prolija,
Antonio Pablo Morales
al auditorio suplica,
que si no les da molestia,
en la tercera partida,
si con atencion le escuchan,
promete de concluirla.



TERCERA PARTE.

Isabela queda horrorosamente desfigurada por efecto del envenenamiento.—Se consigue salvarla la vida, y con el tiempo recupera su anterior hermosura; pero en este intermedio los padres de Ricardo tratan de casar á su hijo con una dama escocesa.

Apenas hubo logrado
aquel falso vil intento
aquella ingrata homicida
de aplicarla el veneno,
cuya maldad pudo solo
caber en su ingrato pecho;
mayormente no teniendo
de Dios ni su fé un bosquejo,
cuando la pobre doncella
dentro de muy poco tiempo
empezó à sentir fatiga
y arderse en voraz fuego:
sus ojos que eran dos soles,
en breve se la pusieron
eclipsados y sin vista,
muy mcrados ó sangrientos,
la lengua hinchada y los labios
estremadamente gruesos,
enronquecida la voz,
levantándosele el pecho,
y tan renegrito el rostro
que el mirarla daba miedo.
En esta ocasion llegaron
las damas, y cuando vieron
un mónstruo tan espantoso,
casi no la conocieron,
y averiguando quien era,
sin dilacion previnieron
el darla á la reina cuenta
de lo que está sucediendo.
Llegó al lecho donde estaba
aquel sol ya sin reflejo,
en parasismos mortales,
sin tener pulsos ni alientos.
Grande confusion causaba
y notables sentimientos;
mandó la reina llamasen
á sus médicos, y luego
que llegaron, reconocen
por las señales que vieron,
y acreditan que es traicion
lo que con la pobre hicieron.
Al instante la aplicaron
diversos medicamentos,
los pólvos del Unicornio,
la triaca y mil remedios
que fueron mas eficaces
de la ciencia de Galeno.
Muy bien conoció la reina
al instante por muy cierto
que su camarera habia
cometido el desacierto,
por las razones que habian
pasado en el pedimento,
y que envidiosa dispuso
cometer tan grande esceso.

Ya los médicos habian
hecho cuanto dispusieron,
y por las muchas virtudes
de antídotos que pusieron,
y Dios que lo permitió,
no fue aquel su fin postrero.
Mandó la reina prender
con rigorosos tormentos
á la que habia sido causa
de aquel pesar tan perverso,
y que en su propio palacio
en un estrecho aposento
la encerrasen para darle
castigo por aquel hecho;
mas ella se vió culpada,
y dijo: que para el cielo
hacia un gran beneficio
solo con haberla muerto,
y porque hubiese en su tierra
aquella cristiana menos,
y que tambien con su muerte
evitaba muchos riesgos,
y aseguraba á su hijo
de los daños venideros.
Apenas supo Ricardo
el desgraciado suceso,
cuando sin poder valerse
cayó mortal en el suelo,
de un frenesí, que quedó
mucho mas que vivo muerto.
Era un mar de confusiones,
de congojas y lamentos
toda la casa pues daba
dolor y compasion verlo,
y los cautivos lloraban
su hija, y á un mismo tiempo
los de Ricardo tambien
hacian gran sentimiento.
Vuelto ya del parasismo,
con quejas poblaba el viento,
y enternecia las piedras
con mil suspiros funestos.
Nadie podia aliviarlo,
por estar todos lo mesmo;
de suerte se lamentaba
el afligido mancebo,
que daba muestras de haber
perdido el entendimiento:
queria darse la muerte
en tan grande desconsuelo,
y abrir con sus propias manos
puerta á su afligido pecho,
y sacarse el corazon
por pagarle el sentimiento:
mas repararon que iba
muy poco á poco volviendo
en sí la que por difunta
poco antes la tuvieron,
dando señales de vida
en el modo que irá espuesto;
porque al cabo de dos dias
se la cayó todo el pelo,
hebras que al sol enviaba
para ornato de sí mesmo:
las cejas que eran de amor
los arcos de sus flecheros,
borradas y sin adorno
con las pestañas salieron.
Sus bellos ojos, en quien
las luces del sol se vieron,
ajados y lagrimosos,
sin aquel cutis primero;
toda tan abominable,
asquerosa en tanto estremo,
que nadie podia verla
por su fierísimo aspecto;
pues todos, menos Ricardo,
daban por alegamiento
que fuera mucho mejor,
por no estar padeciendo,
el no haber quedado viva;
mas estaba para ejemplo
de las miserias humanas:
(ocultos juicios del Cielo.)

Entonces el buen Ricardo
pidiò á la reina con ruegos
le dé á Isabela, que quiere,
si acaso es gustosa de ello,
con sus muy amados padres
el llevársela al momento
á la casa de los suyos.
Tuvo logro aquel intento,
pues compadecida estaba
de ver sus muchos tormentos,
y aun se alegraba que hubiera
tenido tan buen acuerdo;
le dijó á Ricardo: yo
desde luego se lo entrego;
mas es justo que yo tenga
para siempre un sentimiento
de que tú me la entregaste
mejor que yo te la vuelvo;
mas su castigo pondrá
el delito satisfecho.
Ricardo rogó á la reina
que perdonase aquel yerro,
que daba buena disculpa
para el insulto que ha hecho,
que de su parte y su amada
le perdonan desde luego,
La reina le dijo: advierte,
Ricardo, que te prometo,
que Isabela es una joya
engarzada en tosco hierro.
Llevó á la inocente Abel
á su casa, y tambien fueron
los cautivos con su hija
para darla algun consuelo,
dándole la reina en pago
del mucho amor, dos mil pesos,
y otras diferentes joyas
de grande valor y precio,
y costosísimas galas
para su adorno y aseo.
Estuvo Isabela enferma
dos meses ó poco menos,
cuando la inmensa piedad
del justo Juez de los cielos,
apiadado de las muchas
rogativas que le hicieron
los que la comunicaban
quiso dotarla de nuevo
en su primera hermosura.
¡Oh divino Padre Eterno,
qué inmensas son tus piedades
para darnos el remedio!
ya se mejoraba el rostro,
y por parte descubriendo
de sus primeros matices
lo puro, cándido y terso.
En este tiempo los padres
de Ricardo, dispusieron
casarlo con la doncella
primera, que ellos quisieron.
Era esta dama de Escocia,
despachan al punto un pliego
que la trajesen, sin darle
cuenta al hijo de este intento,
sin mirar de que en el alma
tenia Ricardo impreso
el mucho amor de Isabela,
pues decian que en viniendo
la de Escocia, olvidaria
Ricardo el amor primero,
que despues la enviarian
á su casa con su dueños,
dándola para el viage
gran cantidad de dinero.
Esto hacian, sin que fuese
Ricardo sabedor de ello.
Llegó, en fin aquella dama
con grande acompañamiento,
donde alegres la aguardaban.
Salió Ricardo al encuentro
al gran rumor que traian,
cuando vió que los cocheros
paran en su propia casa,
y en ella quedán de asiento.

donde todos á porfia
se esmeran en cumplimientos,
y con respecto á la dama
se la ensalza con estremo;
visto lo cual por Ricardo,
que no aprueba tal empeño,
dijo, aunque con ironía,
pero pudo contenerlo:
ciertamente que no habrá
mejor cara en este pueblo
que la de esta señorita,
siendo un perfecto modelo,
mas será porque Isabela
no está como de primero.
Entonces le dijo el padre,
pues sàbete por muy cierto,
que aquella ha de ser tu esposa
porque viene para eso.
Apenas oyó decir
los penúltimos acentos,
se quedó mortal y helado,
sin habla pulso ni alientos,
desmayado el corazon,
turbados los pensamientos,
y no es mucho que dudara
dar desate á tal enredo.
Y por poder declararlo,
amable lector discreto,
le dá Alfonso de Morales
fin al romance tercero,
para que en la cuarta parte
prosigan si estan atentos.

CUARTA PARTE.

Isabela y sus padres regresan á España colmados de favores y dádivas, recibidos de la generosidad de la reina.—Ricardo para estorbar el casarse con la escocesa, pide licencia á su padre para pasar á Roma y se la concede.

Quedó con esta respuesta
Ricardo tan pensativo,
que á la vista parecia
estátua de mármol frio,
en éxtasis elevado,
admirado y suspendido,
obedeció con callar,
propia señal de un buen hijo:
y temiendo en Isabela
algun mortal parasismo
en sabiendo de la dama
el fin á que habia venido;
él fué á llevarla la nueva
y á darla á su pena alivio:
llegó al cuarto donde estaba,
que era un oculto retiro,
donde con mucho silencio
está con sus padres mismos
sin comunicar con nadie:
la saludó, y despues dijo
á Isabela: amado dueño,
la causa de haber venido
es solamente á decirte,
si acaso no lo has sabido,

que esta dama que mis padres
mandaron venir, ha sido
con intento solamente
para casarla conmigo,
sin darme cuenta; pensando
fuera bastante motivo
esta belleza, á que yo
te borre de mis sentidos,
sin mirar que te ofrecí
el alma por sacrificio;
y pues que tú estás en ella,
otra no cabe en su sitio,
y quiero que de esto entiendas
que tú solamente has sido,
eres y serás eterna
en el constante amor mio,
y he de ser tu firme amante
á pesar de los peligros,
atropellando las dudas
que se opongan á impedirlo;
y para certificarlo,
poniendo por fiel testigo
á Dios, que juzga las causas,
de cumplirlo estando vivo,
pues sois mitad de mi alma
y el imán de mis sentidos,
que si hermosa te quise,
fea te adoro y estimo;
y en prueba de esta verdad,
sola una mano te pido,
que en fé de ella y la palabra
he de cumplir cuanto digo.
Se la dió Isabela entonces
con tanto amor y cariño,
que el mucho gusto y contento
le perturbaba el decirlo
lo mucho que agradecia
aquel favor tan crecido;
mas con besarle la mano
le mostró lo agradecido;
y dijo Ricardo entonces,
le señalasen el sitio
donde habia de buscarlos
cuando á España fuese ido,
que dos años gastaria
ò poco mas en cumplirlo.
Entonces los nobles padres
de la doncella la han dicho,
que en la ciudad de Sevilla
en un convento divino
de monjas de santa Clara,
que allí llegue y tome aviso
de una monja que se llama
la madre Inés del Castillo,
que esta la dirá la casa
en donde viven de fijo;
esto con tantas ternezas
lo hablaron, que dió motivo
á que copiosos raudales
llorasen enternecidos.
Se despiden los amantes,
se fué Ricardo, y le dijo
á su padre que no habia
de casarse, que es preciso
primero partirse á Roma
á confesar sus delitos
con su Santidad, y en tanto
estuviese suspendido
su casamiento, aunque todos
tengan á mal sus designios.
Mostrábase muy alegre;
pero todo era fingido,
y el padre se conformó
por no poder impedirlo.
Entonces le dijo el padre:
sabrás como determino
que Isabela con sus padres,
puesto que no se han cumplido
los intentos, que se vayan;
á lo cual Ricardo dijo,
que de sus joyas y galas,
de sus adornos y aliños
no le quiten de eso nada
que bastante habia perdido.

Se lo ha concedido el padre
de Ricardo, y luego ha ido
á que la reina le diese
licencia para al proviso
poder despachar á España
cuanto antes los cautivos.
Dióla entonces, y mas viendo
que ampararlos es preciso:
dispuso à la camarera
darla al instante el castigo
pecunialmente, y primero
se le privó de su oficio,
y que luego le aprontase
seis mil doblas de oro fino,
y que se las dé á Isabela
por lo bien que la ha querido;
con esto pagó la infamia,
y á Arnesto por haber sido
el motivo de esta causa,
lo destierren al proviso
fuera del reino britano.
Hecho ya todo lo dicho,
Isabela con sus padres
fueron (pues era preciso
despedirse de la reina)
todos á palacio han ido,
y allí con dulces abrazos
de todos que era un prodijio,
se despidieron, y entonces
la reina á Isabela dijo:
toma, amiga, aquesta carta
que yo por mi mano he escrito:
cuando llegues á tu tierra,
vé á Sevilla, que allí ha dicho
la camarera que tiene,
un deudor suyo muy rico
que le debe dos mil pesos,
cantidad de que al proviso
que llegues te la han de dar
diciendo que yo lo digo,
que ahí vá su firma y la mia,
esto hago porque te estimo,
y la fortuna te lleve
á España por buen camino;
y con gran pena de todos
del palacio se han salido,
para disponer la nave
que á España ha de conducirlos.
Aprestándola, volvieron
en casa del referido
Ricardo, á darles las gracias
por los muchos beneficios,
que por la buena enseñanza
segundos padres han sido.
Otra vez se renovaron
las lágrimas y suspiros,
mas no en la dama Cristina,
que este era el nombre mismo
de la que vino de Escocia;
pero Ricardo no quiso
hallarse en la despedida,
que habia de ser conocido
en el semblante y los ojos,
y asi á sus padres les dijo:
que se iba al campo aquel dia
á holgarse con sus amigos.
Con este achaque ó disculpa
todos lo hubieran creido,
pero su intento no era
sino irse entre los riscos
á llorar sus desconsuelos
por no ser de nadie visto.
Finalmente ya Isabela
habia, como hemos dicho,
despedídose de todos.
y estando ya prevenidos
se embarcaron y salieron
por el golfo cristalino
para la ciudad de Cádiz,
en Dios todos sus designios,
y en Ricardo el corazon,
que no le echaba en olvido,
aunque por la ausencia larga
lo contemplaba perdido;

y así entre varias ideas
se hacia mil laberintos
de confusiones diversas
siendo ciertos los motivos.
En este tiempo, Ricardo,
estaba pues en un sitio,
desde donde divisaba
el velamen del navio,
y en descompasadas voces
y lamentables suspiros
decia; á Dios, Isabela,
á Dios, bello paraninfo,
quién nunca te conociera!
quién jamás te hubiera visto
para no sentir ahora
tormentos tan escecivos!
quién podrá estar sin tu vista?
y quién sin tí estara vivo?
cuándo he de volver á verte?
Pide á los Cielos, bien mio,
(se quejaba á la fortuna
tan contraria como ha sido)
que te acompañe en la muerte,
ó te merezca en el siglo.
Esto y mucho mas decia
en tan solitario sitio,
hasta que perdió de vista
la embarcacion, y rendido
de batallar con la idea,
fué á su casa, y le ha pedido
con humildad, á su padre,
piadoso y caritativo,
le echase su bendicion
para seguir su camino:
se la da muy pesaroso,
y luego aquel dia mismo
dispuso partirse á Roma,
en trage de peregrino,
sin mas pompa ni aparato,
ni querer llevar consigo
mas que un fiel criado suyo
que le sirviera de alivio,
y para si falleciere
pudiera dar el aviso.
Se salen de la ciudad,
dejando muy afligidos
á sus padres, pues dudaron
que lo pudiesen ver vivo.
En este tiempo, Isabela,
con favor del Ser divino,
llegó á su patria, y en ella
fueron muy bien recibidos
de la nobleza y la plebe,
de deudos suyos y amigos,
pues se alegraban de ver
la dicha que habian tenido
de haber hallado á Isabela
y hallarse favorecidos.
Poco mas de un mes pasaron
descansando lo rendido
del viage, y ya aliviados
dispusieron con sigilo
irse los tres á Sevilla
á cobrar lo prometido.
A la Bética llegaron,
y siempre con el designio
de volverse brevemente;
pero fueron detenidos
por no hallar el mercader,
con que allí les fue preciso
estar hasta que viniera
de un viage á que habia ido.
Alquilaron una casa
á donde le habian dicho
á Ricardo, que era en frente
del convento referido.
En tanto se ejercitaron
en su primer ejercicio
de mercader contratante;
asi estaban mantenidos,
viviendo con la esperanza
de ver su intento cumplido.
Y aquí para proseguir,
noble auditorio, es preciso

que Morales fin le dé
á este romance que han visto,
y prestándole atencion
proseguirá con el quinto.

QUINTA PARTE.

Ricardo es herido mortalmente por su rival Arnesto; logra su curacion y se embarca; una tempestad le arroja á tierra de turcos y le hacen cautivo; es rescatado y conducido á España.

Así estaba en Sevilla
aguardando á que viniese
el mercader del viage,
y se pasaron seis meses:
al cabo de ellos llegó,
y dándoles los papeles,
viendo la firma real,
y que era precisamente
cumplir con aquel mandato,
tan pronto como obediente,
aprontó la cantidad
sin un punto detenerse.
Viéndose tan poderosos
y tan colmados de bienes,
allí quisieron quedarse,
por ser la tierra aparente,
para su hija, pues era
su hermosura permanente,
tanto que ya en la ciudad
para mas bien conocerla,
la llamaban la Divina,
por su hermosura escelente.
Tuvo de los caballeros
infinitos pretendientes
de lo mejor de Sevilla,
sin que ninguno pudiese
solo verla, pues vivia
recatada honestamente,
por si venia su amante,
primeramente supiese
por la fama el buen vivir
ántes de llegar á verse.
Aqueste tiempo pasaba
en un oculto retrete,
pidiendo al Cielo con ruegos,
piadoso le concediese
ver su querido Ricardo,
pues de su vista carece.
Ocho meses se pasaron
sin que de Londres tuviese
razon ni respuesta alguna
de cartas antecedentes
que Isabela habia escrito,
aunque tambien en su mente
á sus solas se decia:
esto será que no quiere
hacer caso de mis letras,
ni oir ya ni atenderme,
ya habrán casado á Ricardo
con la que en su casa tiene,
y ya olvidado de mí;
oh! qué bien que lo refiere
metida en un oratorio
en oraciones frecuentes,

el adagio, que la ausencia
es madre de olvidos siempre,
y que en pasándose el tiempo
la memoria olvida y pierde.
Oh cocodrilo engañoso!
oh ingrato Ricardo aleve!
fueron estas las promesas
de quererme eternamente?
asi fueron los estremos
que hacias fingidamente?
mas no es mucho que eres hombre
y en tu pecho caber puede.
En estas dudas estaba
pesarosa, cuando advierte
un hombre con una carta
de Londres, y se la ofrece
en mano propia á Isabela;
la recibió diligente,
por ver lo que mencionaba,
fué con prontitud á leerla:
conoció en el sobre-escrito
ser la letra propiamente
de la madre de Ricardo;
se alegró por la presente
en ver aquella memoria
aquel recuerdo que tienen
al cabo de tanto tiempo,
se hallaba en estremo alegre:
rompió la nema y empieza
á leer de aquesta suerte:
«Hija querida Isabela,
luego aquel dia siguiente
que saliste de mi casa,
apenas te vido ausente
el malogrado Ricardo,
(que Dios en su gloria tiene),
salió para su viage,
sin querer que con él fuese
mas del criado que en casa
nos asistia fielmente.
Este fué en su compañia,
cuando al cabo de dos meses
se ha entrado por nuestras puertas
diciéndonos como viene
huyendo, y que á su señor,
cruel y alevosamente
el conde Arnesto le dió
al buen Ricardo la muerte
estando en una posada:
y sin poder socorrerle
á manos de su enemigo
murió, y milagrosamente
escapó el criado vivo,
y sin querer detenerse
ha venido por la posta
á decir lo que sucede;
aquesta carta te escribo
para que á Dios le encomiendes,
que yo tambien pediré
al Cielo que te prospere
en felicísimas dichas
todo el tiempo que vivieres.»
No pudo Isabela entonces
proseguir, pues las corrientes
lluvias de copioso llanto
la perturbaron, de suerte
que mostraba en el sentir
estar la causa presente,
y lo afirmaba por cierto,
por creer que aquella gente
no mentia ni de aquello
ningun bien les sobreviene:
y con ánimo constante
en su memoria previene
delante de un Crucifijo,
hacer fervorosamente
voto de ser religiosa
y morir de aquella suerte.
Su padre la suplicaba
siquiera se detuviese
aquel tiempo limitado
para que mas se consuelen:
obedeció, y lo restante
de aquel tiempo estuvo siempre

pidiendo al Cielo con ruegos,
aquello mas conveniente
al alma de su querido
para los eternos bienes.
Y vamos á que Ricardo
de aquel peligro inminente
no murió, sino que el paje,
como vió tan de repente
á su señor en el suelo
con mortales accidentes,
lo juzgó muerto, y temiendo
que con él lo mismo hiciese,
salió huyendo, y nunca supo
lo que despues llegó á verse.
Casi muerto lo llevaron
á un hospicio, le previenen
á sus mortales heridas
bálsamos muy escelentes,
y en breve tiempo se halló
convalecido, de suerte,
que volvió á seguir de nuevo
el viage antecedente:
le fué preciso embarcarse,
y por ír mas brevemente
en una nave se entró
navegando felizmente.
Muy poco tiempo gozaron
estos felices placeres,
porque un dia cuando el sol
se ocultó en el occidente
se entoldó el cielo de nubes
con gran tempestad, de suerte
el recio viento soplaba,
que tronchaba los trinquetes;
de un todo desarbolado
y muy próximo á perderse,
sin norte, timon ni vela
les entró un viento muy fuerte
que á parar se fué la nave
á unas islas donde tiene
jurisdiccion el gran Turco,
y allí les amanece;
los turcos luego que vieron
tal dicha, los acometen,
y hallándolos sin defensa
tardaron poco en prenderles;
con que Ricardo perdió
las esperanzas de verse
en presencia de Isabela,
porque si aquellos infieles
llegaban á conocerlo,
son bárbaros tan crueles,
que para vengar su agravio
lo frieran en aceite.
Pero los Cielos piadosos
quisieron favorecerle,
aunque los mas de los turcos
lo conocen claramente,
y dándole cuenta al rey,
que un cautivo que allí viene
fué el que á ellos les quitó
las galeras y su gente,
que por general venia
de los navíos ingleses;
pero que tambien les dió
libertad piadosamente
á los que quedaron vivos,
y estas finezas les mueve
á librarlo, pero el rey
mandó al punto lo metiesen
en un calabozo, que
dá miedo y horror al verle,
hasta dar fin á su vida,
y juntamente previene
un hombre de confianza,
que la comida le lleve
muy tasada, hasta que muera,
y él lo hacia de esta suerte.
Esta miserable vida
pasaba sin que tuviese
alivio sino en el rato
que al sueño la vida ofrece.
Era muy fatal la pena
que sentia, solo en verse

sin algun alivio humano,
en sitio tan indecente,
cargado de mil prisiones
que no podia moverse.
Oyendo Dios las plegarias
mandó que le socorriese.
En este tiempo llegaron
los religiosos que siempre
van á redimir cautivos
con espíritu ferviente,
y buscan aquellos pobres
que mas trabajos padecen,
y con el mucho castigo
se recelan que renieguen.
Supieron como Ricardo
crueles penas padece:
procuraron redimirlo,
y tomando pareceres
el rey de sus consejeros
á ver lo mas conveniente,
dispusieron el pedir
muy descompasadamente,
para que no lo lleváran,
mas prontamente le ofrecen
la una parte del dinero,
y que hasta satisfacerle
se quedase un religioso
cautivo, mientras no viene.

Aceptaron, y á Ricardo
le dijeron que viniese
á España que de limosna
lo junte y que se lo lleven.
Venia el pobre Ricardo
como de ordinario vienen
los cautivos redimidos,
con su alquiser y birrete,
descalzo de pie y pierna
y con muchas desnudeces,
muy crecida ya la barba,
y las megillas parecen
de difunto; todo en fin
era imágen de la muerte.
Llegó pidiendo limosna
hasta Sevilla, y por verse
en tan estrecha miseria
no quiso buscar parientes
de Isabela, ni aun hacer
pesquisas de conocerles,
hasta que un dia encontrò
con un gran rumor de gente
que á entrar iban una monja.
Al que el fin quisiera verle
à esta verdadera historia,
por no enfadar al oyente,
Alfonso Pablo Morales
la sesta parte previene.

SESTA PARTE.

Isabela se decide á entrar de religiosa en un convento, creyendo muerto á su amante Ricardo; este se presenta á su vista en el acto de tomar el hábito, se reconocen se abrazan, y la funcion cambiando de aspecto se convierte en una boda.

Ya en aqueste tiempo habian
cumplídose los dos años
del límite que à Isabela
le diò en Londres á Ricardo,
y ya sin las esperanzas
de oirlo, verlo ni hablarlo,

dispuso muy fervorosa
ir á cumplir lo tratado
de la ofrenda que le hizo
á Cristo crucificado,
de meterse religiosa;
y ya cumplido aquel plazo
iban hácia el monasterio
que á su casa está inmediato,
con tan lucidos adornos
de pompas y de aparatos,
y costosísimas galas,
que parecia al mirarlo
por tanta copia de estrellas
ser otro cielo abreviado.
Toda la nobleza unida
los iban acompañando,
toda la plebe en comun,
los que su fama alcanzaron,
y los que la conocian
van por verla mas despacio:
todos á la mucha fama
de lugares comarcanos
acudieron á Sevilla,
y quedaron admirados,
dándole mil alabanzas
á Dios, pues la habia criado.
Llegaron al templo, donde
á recibirla se hallaron
el Provisor y Arzobispo,
el Asistente y Vicario,
con todos cuantos señores
hay de título y Estado
en la sevillana patria.
Andaba entonces Ricardo,
para pagar su rescate
como hemos dicho, juntando
la limosna referida,
que era hasta mil ducados:
y arrimándose al concurso,
à un hombre le ha preguntado
le dijese la ocasion,
ó el por qué se ha motivado
andar por aquellos sitios
todos tan regocijados?
á lo que le respondió:
en este dia en que estamos
se va á meter religiosa
el mas bello simulacro
de la deidad mas hermosa
que cabe en el ser humano,
cuyo nombre es Isabela.
No hizo mas que pronunciarlo
el hombre, cuando al instante
le empezó con sobresaltos
à Ricardo el corazon,
con que se le renovaron
de las pasadas finezas
los estremos; y obligado,
viendo ya que la ocasion
estaba solo en su mano,
se entró por medio de todos
con el paso acelerado
hasta llegar donde estaba
Isabela, cuyos rayos
pudieran servir al sol
de adorno y reflejos claros.
Llegó, en fin, á donde estaba,
aunque con grande trabajo;
y hallándose en su presencia
con atencion lo miraron
aquellos, que de Isabela
fueron novios despreciados.
Como lo vieron tan cerca
hubo algunos que le hablaron,
al ver su trage tan tosco,
dichos que no le agradaron:
decíanle vituperios,
tanto que ya avergonzado
de semejantes razones,
echando sus ojos rayos
les dijo á los caballeros:
por los cielos soberanos,
que podeis agradecer
el paraje en donde estamos,

que por guardar el decoro
á sitio tan soberano
no ven vuestras demasias
el escarmiento en mi brazo,
que entonces reconocieran
la nobleza de Ricardo;
y pues que los Cielos quieren
que yo padezca trabajos,
quédate á Dios, Isabela,
á Dios, divino milagro.
Conforme Isabela oyó
su nombre, se la alteraron
las potencias y sentidos,
y atenta empezó á mirarlo
al cautivo, y como ya
estaba desfigurado
y trocadas las facciones
de desdichas y naufragios
no obstante, miró Isabela
entonces con mas cuidado,
y aunque tan pálido estaba
le dió el alma un sobresalto,
y por la rubia garzota
lo conoció, aunque dudando
que fuese Ricardo, pues
le habian ya noticiado
por las cartas que era muerto;
mas como la hubo nombrado,
mandó al cautivo se acerque;
acudió pronto el llamado,
y admirada de mirarle,
con muy honesto recato,
de aquesta suerte le ha dicho:
por ventura, noble hidalgo,
eres ilusion ó sombra?
sin duda que estoy soñando;
pues ante mí veo vivo
al que muerto he contemplado.
Entonces le respondió:
no lo tengas por engaño,
pues ya ni la sombra soy
que fuí en los tiempos pasados,
y aunque me juzgues muerto
sin tí, ya está averiguado;
y así el Cielo te prospere
eternamente en tu estado.
Iba á volverla la espalda,
cuando Isabela llorando
se arrojó despavorida
á los brazos de Ricardo,
diciéndole: esposo mio,
puesto que Dios lo ha ordenado,
tú has de ser mi amado esposo,
pues la palabra te he dado,
y con ella te dí el alma,
precisamente es pagarlo,
tú solamente pudieras
aqueste intento estorbarlo.
Entonces creció la envidia
de los que estaban mirando;
pues sin saber los motivos
vieron que habia logrado
dicha que ellos pretendian,
y para todos fué en vano,
y los padres de Isabela
le daban dos mil abrazos.
Dispusieron el volverse
con aquel mismo aparato
à su casa todos juntos
para al instante casarlos,
y con una gala hermosa
á Ricardo lo adornaron
con tanto primor, que muchos,
que fuese el mismo dudaron;
y estando ya el Arzobispo
de todo muy informado,
alli en presencia de todos
á los dos ha desposado.
Fué el Asistente padrino,
por lo que está averiguado
lo que pudo haber entonces
en honra de los casados,
por cuya causa hubo muchos
que de envidiosos rabiaron.

Allí Ricardo dió cuenta
de lo que habia pasado,
las aflicciones que tuvo,
y de como habia llegado
cerca del fin de su vida,
á manos de aquel ingrato
conde Arnesto, en la Britania,
y como lo cautivaron,
y como por él se quedaba
allá un Padre aprisionado.
Al instante dispusieron
aquel dinero enviarlo,
y juntamente á su patria
despacha luego un criado
á sus padres, que viniesen
supuesto que son cristianos,
que acá sin temor alguno
podrán vivir descansados.
En breve tiempo vinieron
por ver á su hijo amado,
adonde puede el discreto
considerar los halagos,
los júbilos y placeres,
los regocijos y aplausos.
El Asistente mandó
para triunfos mas colmados
en honra de tanta dicha,
para mas timbre y mas lauro,
hacer unas fiestas reales
que dejó al mundo pasmado,
con diferentes funciones,
comedias representaron,
danzas, músicas y fiestas,
con mil instrumentos varios,
y vistosas luminarias
cual Mongibelo alumbrado.
Hubo mesa franca y plena
de manjares muy estraños:
un mes duraron las fiestas
y sin número los gastos,
donde viven en Sevilla
del Asistente amparados,
con cuantos bienes y dichas
alcanza el ingenio humano,
siendo los mas poderosos
como está ya averiguado.
Esto es, discreto auditorio,
contar el breve traslado
de Ricardo y de Isabela
lo que en su vida pasaron.
Dios por su amor nos defienda
en el mundo de las manos
de todos los enemigos,
y á los príncipes cristianos
paz y concordia; y á todos
los que la fé profesamos
auxilio y salud cumplida,
gracia, consuelo y amparo:
para que en aquesta vida
solamente á Dios sirvamos
para conseguir la eterna,
tesoro el mas Soberano.
Y aquí, discreto auditorio,
el fin á su lira dando
Alfonso Pablo Morales
á lo tosco de sus rasgos,
de alabanza solo un victor,
y os digneis de perdonarlo.

